

JUAN LUIS MANEIRO-MANUEL FABRI, "Vidas de Mexicanos Ilustres del Siglo XVIII"; traducción del latín, prólogo y notas de Bernabé Navarro B. Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, Biblioteca del Estudiante Universitario. México, 1956. 247 pp.

Este libro incluye cinco de las biografías escritas por Maneiro y Fabri para ensalzar a sus hermanos de religión, víctimas de las consecuencias que trajo consigo el conflicto entre el "despotismo ilustrado" y la Compañía de Jesús.

Los Jesuitas mexicanos pagaron por culpas ajenas. Ellos no se ocupaban en política ni sacaban provecho de ricas operaciones mercantiles; pero de todos modos fueron abarcados por la orden de destierro dictada por el rey contra los miembros de la Compañía que se hallaran en cualquiera de los dominios españoles. Estas "Vidas", lo mismo que las principales obras de los grandes jesuitas mexicanos del siglo XVIII, fueron escritas en Italia. Hijas del destierro fueron

la "Historia Antigua de México", de Clavijero; las "Instituciones Teológicas", de Alegre; el "Poema de Dios y de Dios-Hombre", de Abad; "El Paseo Campesino por México", de Landívar.

Parece como si en estos hombres el dolor innmercedo actuara como un incentivo para las facultades creadoras del espíritu; y hasta puede considerarse que necesariamente el injusto destierro tuvo que desempeñar dicha función. Escribiendo en Europa y para los europeos, que poseían vagas y contrahechas nociones de América, ellos hubieron de asumir la responsabilidad de dar a conocer al mundo lo que era la cultura de su patria. Cómo supieron cumplir con esta misión, consta en las biografías que escribieron los padres Maneiro y Fabri.

En este libro aparecen las vidas de Rafael Campoy, Agustín Pablo Castro, Javier Clavijero, Diego José Abad y Francisco Javier Alegre. Los autores dieron a estos escritos un claro tono de elogio, lo que no es de extrañar, ya que el objeto principal que perseguían era celebrar a los biografiados.

"El sentimiento y el afecto por sus compañeros, hermanos mayores, así como el recuerdo de la patria, los hace escribir párrafos de una delicadeza e intimidad extraordinarias", hace notar Bernabé Navarro B. "Especialmente tienen esta característica los pasajes en que se describen los varios infortunios de Campoy, desde su infancia hasta la muerte; el exordio, la muerte y la apología final le la vida de Castro; en la de Clavijero, los sinsabores por sus nuevas ideas filosóficas, su amor por los indios, el epílogo; en Fabri, por su parte, la descripción de la agonía de sus dos biografiados, la exposición final sobre la fe y religiosidad de Alegre y la despedida a Abad ante su tumba."

Las presentes "Vidas" son de gran valor para el estudioso de la cultura del Siglo XVIII, que en ellas hallará tan fieles referencias como pueden darlas quienes compartieron, aunque modestamente, el fecundo y doloroso destino de los grandes jesuitas mexicanos.

A. B. N.

BALADA CRUEL DE EUGENIO IMAZ

Por Max AUB

EL pelo lacio, la voz grave, la mirada clara:

—¡Hola!, ¿qué hay?

No hay nada. Una mesa pequeña en la redacción de "Cruz y Raya". Una mesa pequeña en el "Fondo de Cultura".

El solar, frente a la ventana, del tercer trozo de la Gran Vía. El "Llanto por Ignacio Sánchez Mejías". Bergamín, palo bergante, habla de toros con Cossío; de Lope, con Montesinos. La "España Sagrada", en un estante, todo pergamino. Eugenio, en su mesa pequeña, haciendo de partero, casi de portero.

Zubiri se transforma en Juan David García Bacca. París y Bergamín se pierden, de canto, en la lejanía. Atraca Juan Larrea. Tal vez los vascos no pueden vivir sin una fe, y sin barcos.

De esa cuaderna sale "Cuadernos Americanos". Eugenio Imaz con su nada alemana a cuestras se queda en su mesa pequeña, haciendo de partero, casi de portero, sin fondo: "Esto, sí; esto, no"; agrio limón del inglés al español, agrio limón del alemán al español, agrio limón del francés al español.

El pelo lacio, la voz grave, la mirada clara:

—¡Hola!, ¿qué hay?

No hay nada.

Luego se va a Caracas, y como se fue vuelve. Ya no hace pie. Tal vez los vascos no pueden vivir sin unos barcos, sin una fe. El mundo se les vuelve signo esotérico. Ya todo son señales de ahogados. Eugenio sigue en su mesa pequeña de partero dando luz a lo de los otros; vasco rubio y terco, con su pelo noruego, traduciendo: esto es esto y lo otro. Agrio limón del alemán al español. De tanto dar lo suyo y lo de los demás acaba ahito en la orilla del mar.

Una vez perdido el pie, ¿para qué? Tal vez los vascos no pueden vivir sin una fe, sin unos barcos.

—¡Hola! ¿qué hay?

No hay nada. Una mesa pequeña y los diccionarios arios donde están todas las palabras para nada. ¿Entonces para qué vivir frente a una mesa pequeña y traducir la nada en nada, perdido el pie?

Cuando sabe uno tanto y de tantos cansa hacer de partero, casi de portero. Lo mejor es mandarlo todo al demonio. Ya todo son señales de ahogados, pañuelos agitados por tristes y solas manos. Cada vez hay un pañuelo menos sobre un mar de plomo donde naufraga el barco vasco, con su bandera de hoja de

lata en la popa, en la que se lee, despintada, la sola palabra "España". Unas olas suaves alrededor del casco y un poco de espuma blanca. La mar está tranquila. Ya no hay nada. Sólo queda una mesa pequeña, unos diccionarios: "Esto sí, esto no. ¡No, hombre, no!"

El pelo lacio, la voz grave, la mirada clara:

—¡Hola!, ¿qué hay?

No hay nada. Sólo cantar, de cuando en cuando, bien comido, entre cuatro amigos, aquello de:

Toca este vals,
Conchita,
toca este vals precioso,

antes de volver a su mesa pequeña a revertir la nada alemana a la nada americana, perdido el pie de España. Los vascos para vivir necesitan una fe y unos barcos y no una mesa pequeña de portero o de partero. Y la gran voz de su pueblo clamando en el viento.

Eugenio, otro de los que, por el viento, no descansa en paz; agrio limón de nuestro tiempo. Viejo San Sebastián traspasado.

(Traspasado, ¿a quién?)

El rubio pelo lacio, la voz grave, la mirada clara:

—¡Hola!, ¿qué hay?

Con ansia, tendido hacia fuera, deseoso de ver más allá.

Por eso te apresuraste. Como dicen aquí, en México: "El que sabe, sabe."

Por no decir, callaste. Moriste preso, de prisa, cogido entre tu prisa, el miedo y el medio.

Adios, viejo; como dicen aquí, en México: "Nos vemos."

¿Para qué seguir? No hay novedad: aquí acabada esta mala balada de Eugenio Imaz, que —más, menos, más— podría ser la de José María Quiroga Plá, la de Ramón Iglesia, la de Juan Chabás o la mía. Todos teníamos —más, menos, más— idéntica edad.

Juntos nos echó España al mundo, desnudos.

Saldrás de cualquier cuartucho, donde seguirás traduciendo, nos tenderás la mano, preguntando con cierto despegó:

—¡Hola!, ¿qué hay?